

Cantaro

Colección del **MIRADOR**

El baile

La fiesta ajena

IRÈNE NÉMIROVSKY  
LILIANA HEKER



Colección del **MIRADOR**

El baile  
— — — — —  
La fiesta ajena

IRÈNE NÉMIROVSKY  
LILIANA HEKER

 Cantaro

Colección del  
**MIRADOR**

**Coordinadora del Área de Literatura:** Laura Giussani

**Editora y compiladora:** Karina Echevarría

**Secciones especiales:** Valeria Judith Stefani

**Traductora:** Gabriela Villalba

**Corrector:** Mariano Sanz

**Jefe del Departamento de Arte y Diseño:** Lucas Frontera Schällibaum

**Coordinadora de Arte:** Natalia Udrisard

**Diagramación:** Paola Ledesma

**Imagen de tapa:** *Una escena galante*, de Jean Louis Forain (Latinstock)

**Gerente de Prerensa y Producción Editorial:** Carlos Rodríguez

Némirovsky, Irène

El baile. La fiesta ajena / Irène Némirovsky y Liliana Heker. - 1a ed.

1a reimpr. - Boulogne: Cántaro, 2015.

96 p.; 19x14 cm. - (Del Mirador; 237)

Traducido por: Gabriela Villalba

ISBN 978-950-753-360-0

I. Narrativa. I. Heker, Liliana II. Villalba, Gabriela, trad. III. Título  
CDD 863

“La fiesta ajena” © 2004, Liliana Heker ©2004, Punto de Lectura

© Editorial Puerto de Palos S. A., 2013

Editorial Puerto de Palos S. A. forma parte del Grupo Macmillan

Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina

Internet: [www.puertodepalos.com.ar](http://www.puertodepalos.com.ar)

Queda hecho el depósito que dispone la Ley 11.723.

Impreso en la Argentina / Printed in Argentina

ISBN 978-950-753-360-0

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

## Puertas de acceso

## **Dos fiestas y un deseo compartido**

“Mamá, ¿puedo ir a la fiesta?”: un pedido que suele escucharse, una escena cotidiana en muchas familias. Provoca ruegos, promesas, enojos. “Dale, por favor, dejame ir”. Es que perderse ese momento único parece tan injusto... ¿Cómo explicarles a los adultos todo lo que está en juego? Un gran sentimiento de incompreensión y frustración se apodera de esa voz joven, a veces suplicante, a veces desafiante. Y mientras tanto, otro debe decidir si otorga o no ese ansiado permiso. ¿Qué razones puede tener para negarlo?

Antoinette y Rosaura, las protagonistas de *El baile* y “La fiesta ajena” respectivamente, viven este momento. La primera con sus catorce años quiere con toda su alma asistir a la fiesta que darán sus padres, ahora que son ricos y buscan ganarse un lugar reconocido en la alta sociedad. Ella sueña con un hermoso vestido, música, un hombre que la saque a bailar. La otra, una niña aún de nueve años, está invitada al cumpleaños de Luciana, la hija de la patrona de su mamá. Rosaura y Luciana pasan las

tardes haciendo las tareas y tomando la leche juntas. Y ahora se presenta la oportunidad de compartir una fiesta, con todo lo que debe tener un cumpleaños, hasta un mago con un mono.

Los deseos de las dos protagonistas son sencillos y auténticos, pero sacan a la superficie aspectos mucho más complejos de sus vidas: por un lado, las dificultades que encuentran en el vínculo entre madres e hijas; por otro lado, las problemáticas relacionadas con la pertenencia a una clase social.

### Las celebraciones y su significado social

Desde siempre, las fiestas han constituido ritos sociales que determinan la inclusión de los participantes en determinados grupos (y, por lo tanto, también la exclusión de quienes no participan). Han funcionado durante siglos como importantísimos espacios de intercambio y consolidación de roles sociales. Ser o no invitado es una marca de estatus.

El comienzo de esa pertenencia a un grupo ya desde la prehistoria solía ser celebrado a través de un ritual de iniciación en el que la danza cobraba una importancia simbólica muy especial. Así, por ejemplo, se consagraba a algún joven como cazador o se anunciaba la fecundidad de una muchacha.

A lo largo de los siglos y en diversas culturas, se fueron constituyendo diferentes formas de celebrar lo que se puede denominar como una presentación en sociedad: a partir de la realización de cierto rito en una determinada edad, se pasaba de niño a adulto. Esto, muchas veces acompañado también de un cambio en las vestimentas, significaba que ya se podía participar de otras fiestas y de otros eventos sociales y, sobre todo, se hacía saber así que esa persona ya era “casadera”, es decir, que ya se encontraba disponible para buscar pareja. En este sentido, las presentaciones

en sociedad marcaban también el posible inicio de la vida sexual de las personas. Resabios de estas presentaciones son las actuales fiestas de quince años, que si bien han perdido mucho de su carácter ritual gracias a que la sociedad actual es menos estructurada, siguen siendo consideradas por muchas chicas o por sus familias, como un hito importante en sus vidas.

Por otra parte, las fiestas siempre han expresado la forma en que una sociedad ve el mundo, sus valores, sus formas de construcción de poder. Es cierto que algunas festividades permiten salirse de las estructuras cotidianas y vivenciar de manera momentánea formas distintas de relacionarse. Así sucedía, por ejemplo, en las celebraciones populares del carnaval durante la Edad Media, en especial en Francia. En ellas, los pobres gozaban de ciertas libertades de las que no gozaban el resto del año y se anulaban muchas de las diferencias entre ellos y sus señores. Sin embargo, en la mayoría de las fiestas lo que ocurre es que se tiende a consagrar el orden establecido. En ellas se ostenta no solo el poder económico por medio de la ropa, los autos, las joyas y la comida que se sirve, sino también el estatus social a través de las relaciones que se mantienen, el lugar que se ocupa, el dominio que se tiene de los modales, la conversación y el baile. De allí que participar de estos rituales resulte una manera de ser reconocido.

Ya sea como marca de iniciación, ya sea como signo de posición social y económica o como señal de pertenencia, los personajes de estas historias quieren no solo estar en la fiesta, sino desempeñarse en ella con éxito.

### Autobiografía y ficción

Quien adoraba las fiestas era Irène Némirovsky, autora de *El baile*. Disfrutaba de las noches de danza, del champán, de los

veranos en Niza a todo lujo, de las salidas al casino. Irène vivió una juventud alocada, de baile en baile y coqueteando. También sus padres llevaban esta vida de burgueses adinerados que intentaban posicionarse en la alta sociedad francesa.

Eran los “años locos”, “los felices años veinte”. Atrás parecía haber quedado el horror de la guerra. En los países que habían triunfado se veía el futuro con optimismo, sobre todo debido al marcado bienestar económico que se vivía en esos años producto de una fuerte actividad especulativa que llevará en 1929 al derrumbe de la Bolsa de valores norteamericana, y que arrastraría consigo a todos los mercados mundiales. Pero la crisis económica estaba lejos, por el momento había que festejar y mostrar la alegría de vivir. Y qué mejor que hacerlo bailando: los ritmos populares como el charleston, el jazz o el blues, el tango, el boogie-boogie o el foxtrot inundaban los salones, acompañados con ropas más sensuales y nuevos pasos de baile.

Detrás de tanto brillo y movimiento, Irène lleva consigo su historia familiar, marcada por la avidez del dinero y de ascenso social, el destierro y la ausencia de amor. Estos temas se convertirán en materia para sus novelas que de este modo cobrarán, como sucede con *El baile*, un alto carácter autobiográfico. Los grupos sociales que conoce, los acontecimientos políticos de los que ha estado cerca y los conflictos familiares que la afectan se convierten en fuente de inspiración para la creación de sus personajes y de sus tramas. Sin embargo, leer la obra de esta autora, como la de muchos otros, solo en clave autobiográfica sería un error: no se leen sus novelas para saber quién fue Irène Némirovsky. Sus obras tienen un valor literario autónomo que trasciende la vida de su creadora; sus personajes, aunque a veces se le parezcan, tienen una identidad propia muy sólida; los conflictos, aun los más personales, alcanzan un valor universal.

## Irène Némirovsky y su época

Conocer la vida de esta escritora no deja de ser apasionante, parece en sí misma una novela. Nacida en Kiev, Ucrania (por entonces bajo dominio ruso), en 1903, vive una infancia de niña rica. Su padre, un judío proveniente de una familia dedicada al negocio de granos, había logrado triunfar en las finanzas y convertirse en uno de los banqueros más importantes de Rusia. Así, su hija recibe una excelente educación y aprende desde pequeña la lengua de su institutriz francesa. La familia se instala en una mansión en San Petersburgo y viajan los veranos a lujosos balnearios como Niza.

Francia, entonces, no será para la joven un país desconocido cuando los Némirovsky se vean obligados a emigrar. Al estallar la Revolución rusa en 1917, las familias acaudaladas se ven en peligro, mientras que sus bienes son confiscados. León Némirovsky esconde a su mujer y a su hija en un departamento en Moscú y en diciembre de 1918 huyen del país en trineo, disfrazados de campesinos. El viaje es largo. Llegan a Finlandia, donde viven durante un año en un pequeño caserío. Allí Irène comienza a escribir. Luego pasan tres meses en Suecia y, finalmente, se instalan en París. León Némirovsky asume la dirección de una sucursal de su banco y en poco tiempo reconstruye su fortuna.

Irène, además de disfrutar de los bailes, estudia Letras en la Sorbona y ya de muy joven comienza a publicar cuentos y novelas cortas en algunos periódicos. El éxito llega en 1929 con su novela *David Golder*. Ha enviado el manuscrito a un editor, pero sin firmarlo, solo con una casilla de correo. Para ese entonces, ya hace tres años que está casada con Michel Epstein, a quien ha conocido durante esas reuniones sociales. También él, joven ingeniero por la universidad de San Petersburgo, es un exilado judío y trabaja como apoderado de un banco. La pareja acaba de tener a su primera hija, Denise.

El baile  
— — — — —  
La fiesta ajena

IRÈNE NÉMIROVSKY  
LILIANA HEKER

# El baile

---

IRÈNE NÉMIROVSKY

Título original: *Le bal*  
Traducción de Gabriela Villalba



## I

La señora Kampf entró en la sala de estudios y cerró la puerta tras de sí con tanta fuerza que, agitados por la corriente de aire, todos los colgantes de la araña de cristal sonaron con un puro y ligero ruido a cascabel. Pero Antoinette no dejó de leer y permaneció tan encorvada sobre su pupitre que tocaba la página con el pelo. Su madre la observó un momento sin hablar y luego se plantó frente a ella, con los brazos cruzados.

—Al menos podrías hacer un esfuerzo cuando ves a tu madre, ¿no te parece, hija? —le gritó—. ¿Tienes el trasero pegado a la silla? Pero qué distinguido... ¿Dónde está *miss*<sup>1</sup> Betty?

En la habitación contigua, el sonido de una máquina de coser marcaba el ritmo a una canción, un *What shall I do, what shall I do when you'll be gone away*<sup>2</sup>... canturreado con una voz torpe y fresca.

—*Miss*, venga aquí —llamó la señora Kampf.

---

<sup>1</sup> *Miss*, en inglés, es una fórmula de tratamiento utilizada para referirse a una mujer soltera.

<sup>2</sup> “¿Qué haré, qué haré cuando tú te marches?”.

—*Yes, Mrs.<sup>3</sup> Kampf.*

La inglesita se deslizó por la puerta entreabierta. Traía las mejillas coloradas, los ojos atónitos y una trenza color miel enrollada alrededor de su pequeña cabeza redonda.

—La he contratado para que supervise e instruya a mi hija, ¿no es así? —comenzó severamente la señora Kampf—, y no para que se cosa sus vestidos... ¿No sabe Antoinette que hay que levantarse cuando entra mamá?

—*Oh! Ann-toinette, how can you?* —dijo *miss* con una especie de gorjeo acongojado.

Antoinette ya se había puesto de pie y se balanceaba torpemente sobre una pierna. Era una larga y flaca muchachita de catorce años, con el pálido rostro propio de su edad, tan falto de carne que, para los adultos, parecía una mancha redonda y clara, sin rasgos, de párpados caídos, ojeroso y con una pequeña boca cerrada... Catorce años, los senos que crecen bajo el ceñido vestido de colegiala hiriendo e incomodando al cuerpo débil, infantil... los pies grandes y esas largas extremidades con manos rojas al final y dedos manchados de tinta, que tal vez un día se conviertan en los más bellos brazos del mundo, una nuca frágil, el cabello corto, sin color, seco y fino...

—Debes comprender, Antoinette, que tus modales son desesperantes, pobre hija mía... Siéntate. Yo voy a entrar de nuevo y tú me harás el favor de levantarte enseguida, ¿entiendes?

La señora Kampf retrocedió unos pasos y abrió la puerta por segunda vez. Antoinette se levantó con lentitud y con tan evidente desgano que su madre, apretando los labios con aire amenazador, preguntó ofuscada:

—¿Acaso le molesta, señorita?

<sup>3</sup> *Mrs.*, en inglés, es una fórmula de tratamiento utilizada para referirse a una mujer casada.

<sup>4</sup> “¿Cómo puedes?”

—No, mamá —dijo Antoinette en voz baja.

—Entonces, ¿por qué pones esa cara?

Antoinette sonrió con una especie de esfuerzo laxo<sup>5</sup> y penoso que deformaba dolorosamente sus rasgos. Por momentos, odiaba tanto a los grandes que hubiera querido matarlos, desfigurarlos, o gritar “¡No, me fastidias!” golpeando el suelo con el pie, pero temía a sus padres desde su más tierna infancia. En otro tiempo, cuando Antoinette era más pequeña, su madre solía sentarla sobre sus rodillas, la apretaba contra el pecho, la acariciaba y la besaba. Pero Antoinette se había olvidado de esto. Lo que en cambio había conservado en lo más profundo de sí era el sonido, los estallidos, de una voz irritada pasando por sobre su cabeza: “Esta niña, siempre entre mis piernas...”, “¡Otra vez me manchaste el vestido con los zapatos sucios!”, “¡Al rincón!, así aprenderás, ¿me escuchaste? ¡Pequeña imbécil!”. Y un día... por primera vez, deseó morir... Su madre la estaba regañando en una esquina y lanzó aquella frase iracunda<sup>6</sup>, gritando con tanta fuerza que la gente que pasaba se dio vuelta: “¿Quieres una cachetada? ¿Sí?”, y sintió el ardor de una bofetada. En plena calle. Tenía once años, era alta para su edad. Los transeúntes, los adultos, no importaban... Pero, en ese momento, justo salían unos chicos de la escuela, que se rieron al verla: “Eh, qué pasó, nena...”. ¡Oh!, esa risa sarcástica que la perseguía mientras caminaba, con la cabeza gacha, por la oscura calle otoñal... las luces bailaban a través de sus lágrimas. “¿Terminaste de lloriquear? ¡Oh, qué carácter! Cuando te corrijo es por tu bien, ¿o no? ¡Ah!, y no vuelvas a ponerme nerviosa, te lo aconsejo...”. Qué malos... Y ahora también, cuando de la noche a la mañana se ensañaban, era a propósito, para atormentarla, torturarla, humillarla: “¿Qué manera es esa de agarrar

<sup>5</sup> *Laxo*: flojo, relajado o que carece de la tensión que debería tener.

<sup>6</sup> *Iracundo*: enojado.

el tenedor?” (delante del criado, por Dios) o “Ponte derecha. Al menos no parezcas una jorobada”. Tenía catorce años, era una muchachita y, en sus sueños, una mujer amada y hermosa... Los hombres la acariciaban, la admiraban, así como en los libros el conde Andrea Sperelli acaricia a Elena y a María<sup>7</sup>, y Julien de Suberceaux a Maud de Rouvre<sup>8</sup>... El amor... Se estremeció. La señora Kampf estaba terminando:

—... y si crees que le pago a una inglesa para que tengas esos modales, te equivocas, señorita... —Y bajando la voz, mientras levantaba un mechón que cruzaba la frente de su hija, agregó—: Siempre olvidas que ahora somos ricos, Antoinette.

Se volvió hacia la inglesa:

—*Miss*, tendré muchos recados<sup>9</sup> para usted esta semana... el 15 daré un baile...

—Un baile... —murmuró Antoinette abriendo los ojos muy grandes.

—Pues sí —dijo la señora Kampf sonriendo—, un baile... —miró a Antoinette con una expresión de orgullo, luego señaló a la inglesa a hurtadillas frunciendo el ceño—. No le habrás dicho nada, ¿no?

—No, mamá, no —dijo Antoinette rápidamente.

Conocía esa preocupación constante de su madre. Al principio —hacía dos años— cuando se habían mudado de la vieja calle Favart después del genial golpe de Bolsa de Alfred Kampf que los

7 El conde Andrea Sperelli es el protagonista de la novela *El placer (Il piacere)* escrita en 1888 por el autor italiano Gabriel D'Annunzio. En ella se narran los apasionados amores del conde con dos mujeres, Elena Muti y María Farres.

8 En la novela *Las vírgenes a medias (Les demi-vierges)* del escritor francés Marcel Prévost publicada en 1894, la protagonista, Maud de Rouvre, intenta casarse con un hombre adinerado para conservar así su posición social, pero estos planes no son del agrado de Julien de Suberceaux, su amante.

9 *Recado*: encargo.

había vuelto ricos, cuando en 1926 cayó el franco primero y la libra después, todas las mañanas Antoinette era llamada a la habitación de sus padres. Su madre, todavía en la cama, limaba sus uñas; en el toilette vecino su padre, un enjuto y pequeño judío de ojos de fuego, se afeitaba, se lavaba y se vestía con esa rapidez loca de todos sus gestos, que en otros tiempos lo había llevado a que sus compañeros, los judíos alemanes en la Bolsa, lo apodaran “*Feuer*”<sup>10</sup>. Había estado atascado allí, en los grandes escalones de la Bolsa, durante años... Antoinette sabía que antes había sido empleado del Banco de París y, previamente, un mediocre botones<sup>11</sup> en la puerta del banco, vestido de librea azul... Un poco antes de que naciera Antoinette, se había casado con su amante, la señorita Rosine, la dactilógrafa del dueño. Durante once años, habían vivido en un departamentito oscuro, detrás del teatro *Opéra-Comique*<sup>12</sup>. Antoinette se acordaba de cuando pasaba en limpio sus deberes, a la noche, en la mesa del comedor, mientras la criada lavaba los platos con estrépito en la cocina y la señora Kampf leía novelas, acodada bajo la lámpara, una gran lámpara de techo con un globo de vidrio esmerilado donde brillaba el rayo de luz fuerte del gas. A veces, la señora Kampf lanzaba un profundo suspiro irritado, tan fuerte y brusco que hacía saltar a Antoinette de su silla. Kampf preguntaba “¿Qué tienes ahora?” y Rosine respondía “Me duele el alma de pensar cómo hay gente que vive bien, que es feliz, mientras que yo paso los mejores años de mi vida en este sucio agujero remendándote las medias...”.

Kampf alzaba los hombros sin decir nada. Entonces, las más de las veces, Rosine se volvía hacia Antoinette. “Y tú, ¿qué haces

10 *Feuer*, en alemán, significa *fuego*, término que se convirtió en un apellido.

11 *Botones*: muchacho que trabaja en algunas dependencias llevando paquetes y mensajes, o cumpliendo tareas menores.

12 El teatro *Opéra-Comique* se ubica en una zona de París en la que se concentra una fuerte actividad bancaria.

escuchando? ¿Te importa lo que dicen los grandes?”, gritaba malhumorada. Luego concluía: “Sí, hija mía, si esperas a que tu padre haga fortuna como siempre promete desde que nos casamos, puedes seguir esperando, pasará mucha agua bajo el puente... Crece-rás, estarás aquí, como tu pobre madre, esperando...”. Y cuando decía esa palabra, “esperar”, por sus rasgos duros, tensos, huraños, pasaba cierta expresión patética, profunda, que afectaba a Antoinette a su pesar y a veces hacía que alargara, por instinto, los labios hacia el rostro materno.

“Mi pobre pequeña”, decía Rosine acariciándole la frente. Pero, una vez, exclamó: “¡Ah!, déjame tranquila, ¿eh?, me fastidias. Qué pesada que puedes ser tú también...”, y nunca más Antoinette volvió a besarla, salvo por la mañana y la noche, con esos besos que padres e hijos intercambian sin pensar, así como dos desconocidos se dan la mano.

Y luego, un buen día, se habían vuelto ricos, de pronto, y ella nunca supo comprender muy bien cómo. Habían ido a vivir a un gran departamento blanco y su madre se había teñido el cabello de un bello color oro recién estrenado. Antoinette lanzaba temerosas miradas hacia aquella cabellera llameante que no reconocía.

—Antoinette, repasemos un poco —ordenaba su madre—. ¿Qué respondes cuando te preguntan dónde vivíamos el año pasado?

—Qué estúpida eres —decía Kampf desde la habitación contigua—, ¿quién quieres que le hable a la pequeña? No conoce a nadie.

—Yo sé lo que digo —respondía la señora Kampf alzando la voz—, ¿y los criados?

—Si la veo decir una sola palabra a los criados, se las verá conmigo, ¿comprendes, Antoinette? Ella sabe que debe cerrar la boca y aprender sus lecciones, eso es todo. No le pedimos nada más... —Y volviéndose hacia su mujer—. No es tonta, ¿sabes?

Pero, apenas se iba su marido, la señora Kampf volvía a empezar:

—Si te preguntan algo, Antoinette, dices que vivíamos en el Midi<sup>13</sup> todo el año... No necesitas detallar si era Cannes o Niza, solamente dices “en el Midi”... a menos que te pregunten. En ese caso, es mejor decir Cannes, que es más distinguido... Pero, obviamente, tu padre tiene razón, lo más importante es cerrar la boca. Una jovencita debe hablar lo menos posible con los adultos.

Y le hacía un gesto de que se fuera con su bello brazo desnudo, que había engordado un poco y donde brillaba el brazalete de diamantes que acababa de regalarle su marido y solo se sacaba para bañarse.

Antoinette recordaba vagamente todo aquello, mientras su madre preguntaba a la inglesa:

—¿Al menos Antoinette tiene linda letra?

—*Yes, Mrs. Kampf.*

—¿Por qué? —preguntó tímidamente Antoinette.

—Porque esta noche podrás ayudarme a hacer los sobres... —explicó la señora Kampf—. Voy a enviar cerca de doscientas invitaciones, ¿comprendes? No lo lograré sola... *Miss Betty*, autorizo a Antoinette a acostarse una hora más tarde de lo habitual hoy... Espero que estés contenta —agregó volviéndose hacia su hija.

Pero como Antoinette callaba, sumida nuevamente en sus pensamientos, la señora Kampf alzó los hombros.

—Siempre en la luna esta niña —comentó a media voz—. No te pone orgullosa, ¿no?, ¿pensar que tus padres están organizando un baile? Mucho me temo que no tienes corazón, pobre hija mía —terminó con un suspiro, mientras se iba.

13 Se conoce como *Midi* (o *Mediodía francés*) a la región del sur de Francia, en la que se encuentran importantes ciudades balnearias como Cannes y Niza, famosas por el lujo de sus hoteles y el alto poder adquisitivo de sus visitantes.

## ÍNDICE

<b>Puertas de acceso</b> . . . . .	3
Dos fiestas y un deseo compartido. . . . .	5
Las celebraciones y su significado social. . . . .	6
Autobiografía y ficción . . . . .	7
Irène Némirovsky y su época. . . . .	9
Entre madre e hija. . . . .	11
Otra fiesta, también ajena . . . . .	13
Una mirada realista . . . . .	16
Con ojos de niño: historias de aprendizaje. . . . .	17
Novela, <i>nouvelle</i> y cuento: una cuestión de género. . . . .	19
Después de la fiesta . . . . .	20
Leer la realidad . . . . .	22
<b>La obra</b> . . . . .	23
<i>El baile</i> . . . . .	25
I . . . . .	27
II. . . . .	34
III. . . . .	44
IV. . . . .	48
V. . . . .	56
VI. . . . .	64
“La fiesta ajena” . . . . .	79
<b>Bibliografía</b> . . . . .	91